

Por las noches se escapaba para ir a verla. Se deslizaba por el balcón lleno de pimientos y sarmientos, y del portón del caserío tomaba una candela para iluminar su camino.

Estaba cerca de la casa, tras cruzar el puente de madera vieja que, majestuoso, se arqueaba sobre el riachuelo que serpenteaba por el pueblo. El Col de Izpegi coronaba el paisaje con su techo nevado, salpicado de grises y marrones.

Luken llevaba una semana ocultándose en las sombras y en la noche, furtivo y embozado, pero decidido. Sólo el martes tuvo miedo, cuando se dio de bruces con un boyero que, retrasado y cansado, regresaba borracho a casa. Comenzó a vociferar y arrojarle piedras. El estruendo soliviantó a algunos vecinos que salieron con palos. Casi le descubren. Luken se refugio tras el poyete de Casa Bidegain, que como siempre estaba oculto tras las flores, macetas y demás plantas.

Conocía muy bien Casa Bidegain porque durante el invierno anterior había trabajado en ella arreglando el tejado y reconstruyendo la balconada de madera, que había sido destruida por una tremenda nevada.

Cuando los ruidos cesaron y el borracho volvió a su aletargado regreso al hogar, Luken se sintió libre para proseguir su camino.

La sombra de la torre se cernía sobre el río como dos haces, uno celeste y otro terrestre, que cortaban el pueblo en dos. Debía dirigirse hacia la izquierda, justo detrás del campanario, en la zona más sombría y húmeda de la iglesia. Olía a moho y el verdín cubría parte de la entrada. De la pequeña campana que sobresalía por encima de la puerta caían unas ligeras gotas de rocío, y la escarcha ocultaba la pétrea inscripción que tanto dolor provocaba entre los de su pueblo.

Hacía un frío helador y la luz de la luna se dibujaba, luminosa, entre el vaho de la noche. Luken, que esperaba impaciente, había comenzado a temblar y sus dientes rechinaban sin cesar.

Esa puerta de la iglesia era humilde, de madera y sin adornos. No tenía bajorrelieves ni aldabones. Sólo madera carcomida por el paso de los siglos; madera decadente como los propios hombres y mujeres a la que estaba destinada. Pero Luken la veía bella, mucho más hermosa que la puerta principal de la nave central, cargada de bajorrelieves y motivos heráldicos. Era una senda pura y armoniosa. Cuando se abría para asistir a las ceremonias litúrgicas, una luz blanca y radiante hacía de pasillo, pasillo que su pueblo recorría gustoso.

A Luken no le importaba estar apartado en la iglesia, ni entrar por otra puerta, ni ser considerado distinto; ni le importaba el resto de leyes injustas que discriminaba a su raza y los alejaban del resto del pueblo. Siempre creyó que, lejos de estar sometido, en realidad era más libre. Incluso, en ocasiones, le agradaba que lo temieran. Así lo dejaban en paz.

Pero ahora todo era distinto. Apenas hacía diez días, una semana, que su vida había cambiado. En estos momentos le carcomía las entrañas ser cagot y no poder mostrarse abiertamente. Había conocido a Iradi, suletina de nacimiento, se había enamorado y era correspondido. La había visto por primera vez en esa misma iglesia y en esa misma puerta, la de los cagots. Aquel domingo asistía con su tía a la liturgia –hacía apenas dos días que había llegado a Saint-Etienne desde Tardets- y, llevada por la curiosidad, se había empeñado en entrar al santuario por esa pequeña y escondida puerta.

Delante de ella, Iradi y Luken habían cruzado su mirada y ya no la pudieron apartar durante toda la ceremonia. “Parecéis ángeles entrando en el Paraíso”, le había dicho Iradi la primera vez que hablaron. Los cagots, rubios, altos, con ojos

azules y piel nieve, y ese haz de luz que surgía del interior de la iglesia cada vez que se abría su puerta. Ésa era la imagen que a Iradi le había impresionado tanto.

Luken se prometió que encontraría a esa joven de la iglesia porque deseaba, necesitaba conocerla y estar con ella. No fue difícil. En el pueblo todos se conocían y más si se pertenece a una de las familias más influyentes de la comarca de Baigorri, los Esterenzubi. Al principio, le dio miedo y decidió desistir. Él, Luken Goikoená, un simple cagot carpintero pobre, conversando con Iradi Esterenzubi. Eso era impensable e imposible. Pero fue ella, Iradi, quien se encargó de buscarlo, encontrarlo y abordarlo, a plena luz del día, delante de sus compañeros, que contemplaron asombrados el desparpajo de la joven.

Desde aquel día, se encontraban cada noche en la puerta de los cagots y conversaban, se iban conociendo y se enamoraron. Hacía dos noches, Luken se había atrevido a besar a Iradi, el primer y más tierno beso para los dos. Habían hablado del futuro, de su futuro juntos, aunque ambos sabían que eran sueños de cobardes. Pero continuaban viéndose.

Pasaban los minutos y Luken seguía esperando a Iradi. Nunca se había retrasado tanto. Pronto amanecería y disponían de poco tiempo para estar juntos. Se estaba preocupando. ¿Le habría ocurrido algo? ¿Habría descubierto su tía lo de sus encuentros? ¿Qué le pasaría a Iradi si eran descubiertos? ¿Y a él? Luken sabía que sería ejecutado si el juez era intransigente y desterrado si se mostraban benevolentes con él.

Oyó ruidos cerca del puente antiguo. Eran unos hombres, al parecer armados, que se dirigían hacia la iglesia. Creyó reconocer entre los hombres a Benoit Irulegi, el joven heredero más rico de la zona, despiadado y frío, amante de la caza y de la guerra.

Al ver la cuadrilla armada, Luken temió lo peor y corrió a esconderse en el interior de la iglesia. Allí no se atreverían a entrar y violar la paz de Dios. Empujó la puerta con todas sus fuerzas, pero fue en vano. La puerta estaba cerrada y era imposible acceder al recinto sagrado, salvación segura para Luken.

*“¡Maldito cagot, leproso, perro godo, sal de tu escondite. Vamos a acabar contigo!”*, gritaban los hombres, hediondos de alcohol. Con los gritos despertarían a otros ahombres sería descubierto y linchado. ¿Dónde podría ocultarse? Estaba cercado en aquel rincón de la iglesia. No podía entrar dentro de ella y tampoco podía salir corriendo, ya que la cuadrilla se acercaba por el único camino que podía salvarlo.

*“¡Muere, perro godo. No eres digno de nuestras mujeres!”*, vociferaba Benoit Irulegi. Quizás si huyera por el cementerio, tendría alguna oportunidad.

Cerca de la iglesia, junto a la puerta de los cagots, se hallaba el pequeño cementerio antiguo de Saint-Etienne. Ningún alma de Baigorri era ya sepultada allí. Hacía años que el cementerio se había trasladado a unos terrenos más amplios comprados precisamente a los Esterenzubi. Pero los Baigorritarras no habían querido dismantelar el antiguo, así que decidieron mantenerlo en su lugar y dejar que fuera Meynard Rien, el conocido bardo de la comarca de Baigorri y Donibane Garazi, el último residente en ocupar el primigenio cementerio un desgraciado 22 de enero de 1732.

Se adentró en el laberinto de lápidas tapadas por la hiedra y el olvido, con sigilo, para no ser descubierto. Nombres conocidos, pero lejanos, las adornaban. Todos esos baigorritarras fallecidos, ninguno de ellos cagot, pues a su pueblo no le estaba permitido tomar sepultura en tierra consagrada. Normalmente, los de su raza incineraban a sus muertos o los enterraban en el bosque cerca de los robles y de las hayas, que eran árboles sagrados para ellos.

Los hombres habían adivinado sus intenciones y le perseguían dentro del cementerio. Tropezó con una cruz hecha añicos que yacía en el suelo. Pareció perder la consciencia y un hilillo de sangre brotó de su frente y rodó por su boca, produciéndole un regusto salado, último recuerdo que le quedó de su raza.

Cuando volvió en sí, estaba atado de pies y manos en el gran roble que guardaba la sombra en la pequeña puerta lateral de la iglesia, la puerta maldita. Le habían desnudado el torso y se lo habían embadurnado con el barro de los charcos cercanos. Caía una fina lluvia que lo había empapado por completo.

Durante el tiempo que Luken continuó con los ojos abiertos, vio cómo el cielo negro embarrado se iluminaba de grises y de nubarrones que ocultaban el sol. Tenía mucho frío. Quería gritar y avisar a los madrugadores que ya se habían levantado y comenzaban su faena. Oía voces de canteros, panaderos, lecheros, pero estaban lo bastante lejos de la iglesia como para oírlo.

Cuando el sol comenzó a filtrarse por entre el manto grisáceo y todo Baigorri había despertado del letargo de la noche, un grito ahogó el silencio de la mañana. Fue el grito de Iradi Esterenzubi, enclaustrada en su habitación por su tía durante la noche y que, gracias a una de sus sirvientas, había conseguido escapar.

Un grupo de queseros que regresaban de viaje del otro lado de los Pirineos acudió al lugar de donde provenía el grito. Allí se encontraron a la joven Iradi, bañada en lágrimas y arrodillada frente a un joven atado a un árbol, cuya piel blanquecina resplandecía en tonos azulados, con la cabeza de rizos claros caída sobre el pecho, cubierto de barro ya reseco, donde aún podía leerse la palabra “perro” y debajo el dibujo de una pata de oca.